

III.

**LA IGLESIA EN SUS FIGURAS  
MAS RELEVANTES**

## Santos y Fundadores de Comunidades

○ *Los santos que ocupan un lugar más destacado en la mente de Monseñor Larraín aparecen con bastante nitidez, si se considera el conjunto de sus escritos:*

— *San Agustín, tal como lo hemos ya señalado, está presente a lo largo de toda su vida: providencialmente hizo su Primera Comunión un 28 de agosto, día de este santo; también un 28 de agosto llegó a su Diócesis, cuyo patrono, por lo demás, es el Santo de Hipona; ya en 1930 le dedicó el artículo al que aludíamos en nuestra "Introducción".*

*Junto a S. Cipriano es el Padre de la Iglesia a quien más cita.*

*Es interesante, por otra parte, constatar la semejanza de la relación que hubo entre san Ambrosio y san Agustín y la que se dio entre Monseñor Subercaseaux (el patrono de la Diócesis de Linares es S. Ambrosio) y Mons. Larraín.*

— *San Ignacio es el otro santo que ocupa un lugar de primer orden en la vida de Mons. Larraín. También lo cita a menudo, particularmente cuando da Ejercicios Espirituales.*

*En sus manuscritos del tiempo de seminarista, en Roma, se encuentra el encabezamiento "U.I.O.G.D." (Ut in omnibus glorificetur Deus: para que en todo sea glorificado Dios) que, si bien es de origen paulino, no es sino la expresión ignaciana "A.M.D.G." (Ad maiorem Dei gloriam: para mayor gloria de Dios).*

— *(Carlos de Foucauld es el tercer hombre clave en su espiritualidad: su fondo bíblico y específicamente evangélico; su entrañable amor a la Eucaristía; su oración contemplativa; la presencia de la Iglesia en medio de las masas alejadas y en particular de los pobres son aspectos que tocan muy de cerca su mente y su corazón.*

— *El Santo Cura de Ars aparece sólo en forma ocasional en sus escritos.*

AGUSTIN DE HIPONA, ACTUALIDAD (1)  
(VIII-IX-1930)

“San Agustín es uno de aquellos hombres para los cuales no existe la muerte”, ha escrito su biógrafo más reciente Giovanni Papini (2); y realmente la figura gigante del gran Doctor de la Iglesia se proyecta sobre los siglos con un sello de perenne actualidad.

Agustín de Tagaste, buscador infatigable de la verdad a cuya posesión llega después de haber errado por los campos de mil encontrados errores, pensador hartado con todas las concupiscencias de la vida, que sabe, en un rasgo heroico, cortar las ataduras que lo ligan a la tierra para engolfarse en el océano sin riberas del amor divino, apóstol intrépido que se abraza de un ideal por el cual trabaja y lucha hasta la muerte, encarna en su persona las eternas aspiraciones del corazón humano, presentándose a través de mil quinientos años con caracteres de perpetua juventud.

En la historia del pensamiento humano san Agustín aparece como el hombre que cierra definitivamente un periodo e ilumina con sus resplandores el nuevo que comienza. En el momento en que las invasiones bárbaras van a sepultar el imperio romano y con él la civilización, y en que las naciones que surgen por efecto de esa ruina van a necesitar para alimentarse de las tradiciones del mundo antiguo, la Providencia suscita a Agustín para recoger en una vasta síntesis la herencia del pensamiento antiguo y de la tradición cristiana e infundirla al mundo nuevo como un germen de salvación que ha de producir en esas naturalezas aún bárbaras la filosofía religiosa del porvenir. Misión providencial que Harnack, el padre del racionalismo moderno no dudaba en reconocer afirmando:

“Que la existencia miserable del Imperio Romano se prolongó hasta entonces sólo para permitir la acción ejercida por Agustín en la historia universal” (3).

Pero Agustín no es tan sólo el hombre colocado entre dos épocas para transmitir a un mundo que nace el acervo espiritual del que muere,

---

(1) *Revista de los Estudiantes Católicos*, R E C , VIII-IX (1930).

(2) Papini, Giovanni. *Converso italiano*. Literato, cuya obra principal es la historia de Cristo.

(3) Harnack, *Précis de l'histoire des dogmes*, pág. 255.

ni el genio que une en síntesis admirable todas las influencias del pasado con todos los impulsos de su tiempo sino aún más, la figura que representa el triunfo definitivo del pensamiento cristiano sobre el pagano, la que opone al concepto materialista y mezquino de la vida, el amplio horizonte del espiritualismo cristiano bañado con los resplandores de la eterna Verdad y la infinita Belleza.

Y en esto reposa la actualidad de Agustín, viviente figura de nuestros días en cuya vida y escritos hallaremos ciertamente la solución a los hondos problemas de nuestro siglo tan semejante por muchos aspectos a aquel que escuchó la voz del gran doctor africano.

La generación de Agustín sintió, como la nuestra la profunda inquietud intelectual que presentan las épocas en que una Civilización agoniza y alborea otra nueva. El mismo fue una prueba viviente de esa inquietud que lo hizo errar por los caminos del maniqueísmo (4) y la duda.

Inquietud de una parte, pereza intelectual de otra imperaban, como en nuestros días, en el campo de las ideas al aparecer Agustín. Y a las generaciones del siglo V y del XX el gran Doctor de Hipona les muestra en el amor ardiente por la verdad que fue la clave de su vida el antídoto eficaz contra el mal que carcomía el pensamiento de entonces, del mismo modo que corroe el moderno.

Si queremos buscar la cualidad dominante que caracteriza la obra de Agustín y explicar su acción fascinadora sobre la posteridad la encontramos justamente en lo que arriba señalamos, su apasionado amor por la verdad. La buscó en todo el ardor de su sangre africana y una vez encontrada le consagró hasta las últimas energías de su personalidad potente y avasalladora. “¡Oh, Verdad, Verdad, cuán entrañablemente y de lo íntimo de mi alma suspiraba por Vos”, exclama en su libro de las *Confesiones*; pero esa verdad que él persigue no es un espectáculo que se contempla sino un bien que se busca para poseerlo, es una verdad viva que calme las aspiraciones de su inteligencia y sacie las ansias de su corazón; en una palabra, la verdad que busca es Dios. Testigo de la violencia de su amor sería el grito que exhala su alma al encontrarla: “nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en ti” (5).

Es Dios, verdad infinita la solución que Agustín propone a la inquietud intelectual del paganismo de su tiempo y del nuestro, pero no un Dios abstracto y frío sino el que la religión cristiana presenta como Padre, Redentor y Maestro, porque Agustín ha comprendido que el cristianismo no es una teoría que se estudia sino una vida que se realiza en la verdad eterna e inmutable.

Pero no es solamente en el terreno intelectual donde reside la actualidad de Agustín; por el problema moral que experimenta y soluciona, se acerca aún más a nuestra época.

---

(4) Maniqueísmo. Doctrina de actualidad en tiempo de S. Agustín, según la cual hay dos principios eternos: el del bien y el del mal.

(5) San Agustín, *Las Confesiones*. L. 1, c. 1.

Del mismo modo que el nuestro, el siglo de Agustín en medio de mil trastornos políticos y sociales era devorado por un ansia incontenible de placer: bajo formas cristianas ardían aún las viejas cenizas de la moral pagana y resonaba como el eco de una carcajada la frase brutal del epicúreo “gocemos, coronémonos de rosas, mañana moriremos”. El joven africano sintió en su carne la mordedura atroz de la lujuria que atormentaba a su siglo, vio la inmoralidad públicamente profesada y al igual de muchos modernos pudo decir en sus *Confesiones* que “pudebat non esse impudentem”, se avergonzaba de no ser desvergonzado.

La Conversión de Agustín será caracterizada por la dramática lucha entre su inteligencia que acepta la moral cristiana y su sensualidad que lo arrastra a los placeres de la carne y su triunfo definitivo representará siempre a través de los siglos, la victoria de la gracia sobre la naturaleza, del espíritu sobre la materia, de la voluntad sobre el instinto.

El desenfrenado estudiante de Cartago que vanamente buscó en las creaturas la belleza, y el casto convertido de Milán que encuentra en Dios “la hermosura siempre antigua y siempre nueva” da a nuestro siglo el germen de renovación moral que necesita: un ideal de pureza que recuerde al joven, al hombre y al anciano que la vida es deber, no pasatiempo, que el placer enerva y la pureza levanta, que las acciones ejecutadas en el tiempo se proyectan en la eternidad.

La actualidad de Agustín se realza si recordamos que es él a quien las generaciones cristianas han bautizado con el nombre de Doctor de la Gracia, pues es a la luz sobrenatural de ella donde soluciona el doble problema intelectual y moral que antes señalamos.

El paganismo actual ha llevado, como hace quince siglos, al hombre a una incomprensión absoluta de lo sobrenatural y como consecuencia a una concepción meramente natural de la vida.

El adversario ardiente del Pelagianismo (6) sigue recordando al hombre que sobre su vida terrena existe una meta sobrenatural, sobre su inteligencia limitada la luz de la Fe, sobre su voluntad débil la fuerza de la Gracia, sobre su dignidad de hombre el sublime honor de ser hijo de Dios.

Hoy como ayer, el concepto cristiano de la vida que Agustín tan admirablemente defendiera, será el ideal que sobre las fluctuaciones de mil sistemas que pasan sostendrá la Iglesia como criterio de solución en la verdad y en lo absoluto.

Es inmensa la tarea de señalar en sus diversos aspectos la actualidad de Agustín, de mostrar al intrépido Apóstol del dogma cristiano, al defensor de la cultura latina, al fundador de la filosofía de la historia, al maestro espiritual que guía al alma hacia las alturas de la perfección, a aquél que el protestante Harnack ha proclamado como “inspirador y reparador de la piedad cristiana”, hemos querido solamente esbozar a grandes rasgos su acción universal, mostrar la unión admirable de los dones de su corazón y de su espíritu, que funden el inflexible rigor de la

---

(6) Pelagianismo. Herejía que exagera el papel del hombre en su propia salvación.

lógica con la más delicada ternura, el profundo intelectualismo con el más elevado misticismo y que dan a su figura quince veces centenaria el calor y animación de la vida y nos hacen ver en él como dice Papini

“No tan sólo el arquitecto de la teología y el titán de la filosofía sino también el hermano que lloró y pecó al igual de nosotros, el santo que logró escalar la ciudad de la eterna gloria y sentarse a los pies del Dios para siempre recuperado”.

Con el protestante Ph. Schaff podemos decir “que el gran genio de la Iglesia africana no ha terminado aún la obra que la Providencia le ha asignado”, su corazón ardiente seguirá siendo a través de los siglos la antorcha que muestre a las almas los caminos que conducen a la Ciudad de Dios.

---

S. IGNACIO. 400 AÑOS DE SU MUERTE  
“EL CABALLERO DE DIOS” (1)  
(31 - VII - 1956)

Un soldado que cambia el campo de batalla, permaneciendo soldado; un caballero que muda la aventurada empresa, permaneciendo caballero; un santo que sabe elevarse a las heroicidades de la virtud, conservando sus raíces humanas: tales son las notas que definen la personalidad de san Ignacio de Loyola.

En él se vio una vez más confirmado el aforismo teológico de que la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza.

El soldado del Virrey de Navarra, seguirá siendo el soldado intrépido de Cristo; el soñador de aventuradas empresas terrestres, será el forjador de otra divina; el caballero errante irá a ponerse al servicio de una más alta y duradera caballería; pero la personalidad de Iñigo de Loyola sobrevivirá en el Santo, a quien no podemos denominar mejor que el caballero de Dios.

---

(1) *Mensaje*; Santiago, 1956, págs. 289-90.

Y fue de genuina y noble caballería su empresa.

Ella nace, en primer lugar, de la magnanimidad de un corazón que, según expresiva frase del Papa Gregorio XV (2), era "más grande que el mundo".

Grandes son sus ambiciones de soldado al lanzarse a la carrera militar. Grandes son sus sueños de gloria al recorrer los libros de caballería. Grandes sus ambiciones espirituales al leer las vidas de los santos: "lo que éstos hicieron ¿por qué no lo he de hacer yo?".

Grande, la concepción de sus Ejercicios Espirituales y grande la idea de su servicio a la Iglesia fundando la Compañía de Jesús.

Con razón el Angélico ha definido la virtud de la magnanimidad como "una cierta inclinación del alma a las cosas grandes". Esa es la raíz humana y divina que hace de Ignacio, el Caballero de Dios.

Y la primera batalla del Caballero se inició contra sí mismo. Velará, cual novel caballero, sus armas ante el altar de nuestra Señora, en Monserrat. De ahí también saldrá despojado de sus vistosos trajes y cubierto con los harapos del mendigo. Manresa será testigo de sus luchas, penitencias y oraciones. Ahí, igualmente, sabrá de la más difícil y desconocida victoria.

Si caballeresco es su estilo de entregarse personalmente a Dios, caballeresco también será el método por donde tantos han de seguir el blanco penacho de santidad que su capitán les muestra: los Ejercicios Espirituales.

El edificio de los Ejercicios Espirituales reposa sobre un fundamento: la contemplación del Rey eterno. La caballeresca empresa, se llama la conquista de ese reino. El Capitán, a quien hay que seguir para lograr la victoria, es Jesús. Las condiciones de la conquista son fascinantes. El llamado del Jefe, es un toque al sentido caballeresco del honor: "quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me seguirá en la gloria" (3). El rechazo a la invitación significa la pérdida del honor, elemento fundamental de la caballería: "Si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero (4). El llamado es un toque a la generosidad del soldado que debe darse por entero: "los que más se querrán afectar y señalar... harán oblaciones de mayor estima y de mayor momento" (5). Es "siguiendo la bandera de Cristo" como el generoso soldado realizará su ardua empresa y es en la ofrenda al "Rey Eterno y Señor Universal" como responderá al amor apremiante de Dios que lo busca:

---

(2) Gregorio XV, Papa desde 1621-23.

(3) Ejercicios espirituales: Segunda Semana. "El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal", 2ª parte, punto 1º.

(4) Idem. 1ª parte, punto 3º.

(5) Idem. 2ª parte, punto 3º.



*Junto a Alberto Hurtado, José Manuel González (posteriormente cuñado) y demás compañeros de 6º de Humanidades, del Colegio "San Ignacio"*

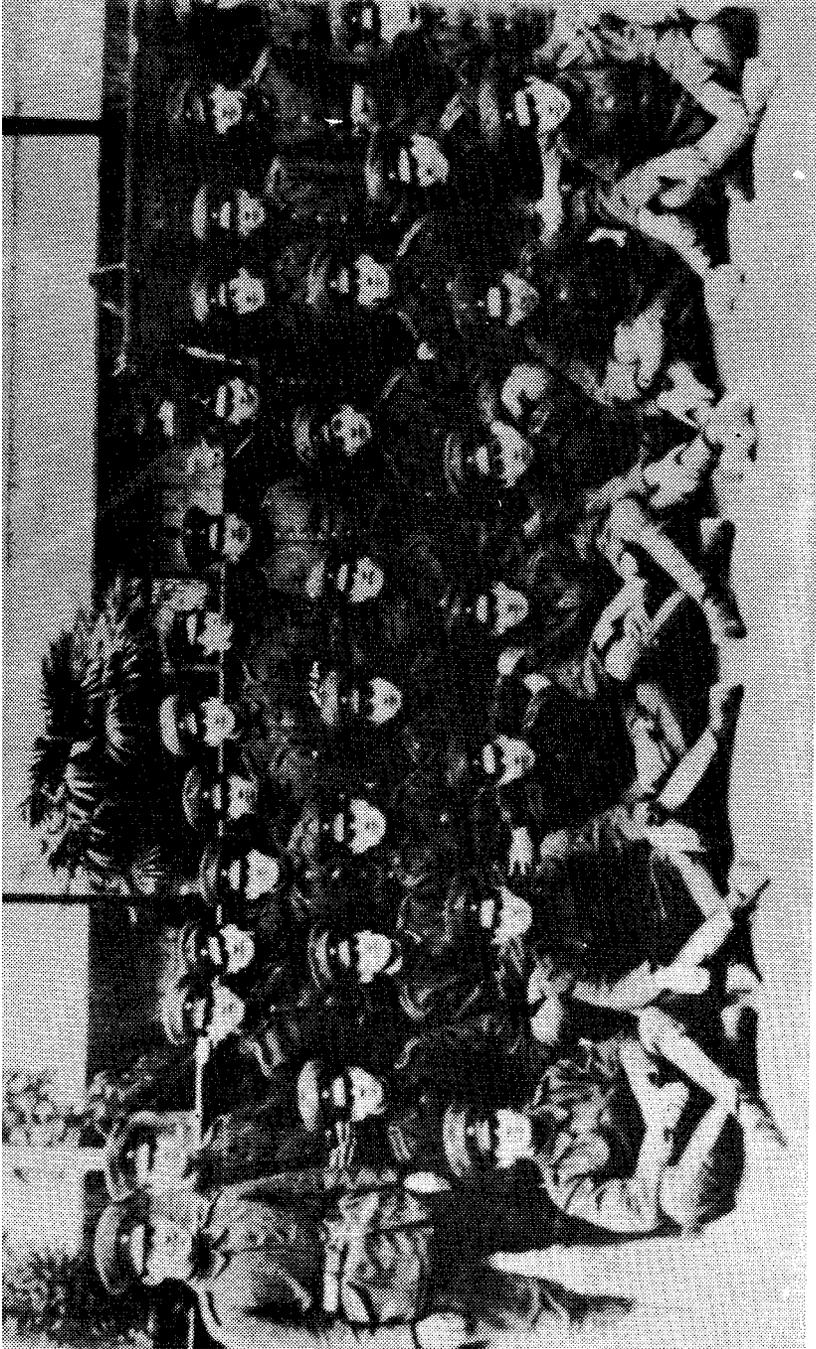
"Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Dadme vuestro amor y gracia; que ésta me basta" (6).

Y todo ese ardor caballeresco se expresará en la fórmula que condensa la vida y la obra de Ignacio de Loyola: "a la mayor gloria de Dios". La gloria humana que atormentó su alma de caballero errante se transforma en otra gloria superior que lo obsesiona hasta convertirlo en Caballero de Dios.

Ignacio nos aparece así como el hombre que mueve al esfuerzo personal y a la colaboración activa con la gracia.

---

(6) Oración compuesta por S. Ignacio de Loyola.



*El Recluta Manuel Larraín, en el Regimiento de Artillería N° 1, Tacna  
(En la fila del medio, el 4º de izquierda a derecha)*

Su espiritualidad que llama al combate, tendrá el ímpetu apostólico de Pablo y la resistencia del pueblo vasco que entre sus montañas ha sabido mantenerse como la genuina estirpe de Aitor. La obra que él funda se llamará Compañía, donde el celo de la conquista se hermana con la disciplina firme de la obediencia. Su visión misionera será grande como el mundo y su múltiple actividad no tendrá otros límites que los de la extensión del Reino de Cristo.

El caballero vasco, recio y apasionado, subsiste en el Caballero de Dios. Su reciedumbre es fortaleza "acompañada de gran serenidad" (Astráin). Su pasión es amor que todo lo enciende y todo lo supera. La empresa guerrera no se llamará Pamplona, ni su jefe el Duque de Nájera. Tendrá otro nombre. Se llamará servicio del Rey Eterno. Su Jefe, será Cristo. Su escuadrón, la Compañía. Su campo, el mundo. Su arma eficaz, los Ejercicios.

Y el Caballero de Dios seguirá así viviendo en la única inmortalidad verdadera.

Y al cumplirse cuatrocientos años de su muerte, el mundo siente la necesidad de que el espíritu de esta Caballería divina se renueve y acreciente.

La Iglesia se enfrenta a una de las épocas más decisivas de su historia. El mundo se unifica en la técnica y necesita unificarse en el espíritu. El llamado apostólico a los laicos para cooperar en la Acción Católica a la labor apostólica de la Jerarquía, se hace sentir con fuerza creciente.

En el lenguaje áspero y macizo de sus Ejercicios Espirituales, el Caballero de Dios nos muestra la gran empresa que la Iglesia hoy espera de nosotros: la evangelización del mundo moderno, la creación de un orden en que los valores humanos auténticos lleguen a ser, por el apostolado, vitalmente cristianos, la respuesta generosa que el llamado del Vicario del Rey Eterno nos hace: "transformar este mundo de selvático en humano y de humano en cristiano" (7).

Quiera el Señor hacernos ver en la figura del Caballero de Dios, la belleza de esta divina y caballeresca aventura.

---

(7) *Alocuciones al despertar*, Papa Pío XII, 10 de febrero, 1952.

FESTIVIDAD DEL STO. CURA DE ARS:  
LA MISION DEL PARROCO EN LA COMUNIDAD CRISTIANA (1)  
(VIII - 1958)

Una figura heroica en su sencillez humilde; una vida resplandeciente en su obscuridad modesta; una lección de grandeza en su callado silencio; he aquí, las paradojas sublimes que la vida del Santo Cura de Ars nos ofrece.

En el marco simple de una aldea escondida, supo decir al mundo que la grandeza del hombre no la forjan el poderío, ni el dinero, ni la fama, sino la infinita capacidad de amar. Que más alta que la ciencia, más potente que la fuerza, más conquistadora que la elocuencia es la virtud de un hombre que sabe darse plenamente a Dios y a sus hermanos.

Y que, hoy como siempre, el mundo no será salvado, ni por el progreso de la técnica, ni por la habilidad de la diplomacia, ni por la astucia de la política, sino por la potencia del espíritu, la dinámica irresistible de la gracia, la influencia avasalladora de la santidad.

Lección insustituible y necesaria que los cristianos con frecuencia parecemos olvidar, y que la vida de S. Juan María Vianney viene a recordarnos.

Lección que nos dice, a nosotros sacerdotes, que la fecundidad sobrenatural de nuestro ministerio crece en la medida de nuestra unión con Jesús.

Que la eficacia de nuestra predicación "*no está en palabras persuasivas de humano saber sino en la ostención del espíritu y la virtud*" (2).

Que la acción que no procede de un desborde de vida interior es superficial y transitoria y que, si bien los métodos apostólicos pueden y deben variar adaptándose a las necesidades contingentes de cada época, hoy como siempre, seguirán siendo las armas insustituibles del apostolado, la oración, la mortificación, el renunciamiento y la humildad.

Lección que dice a todos, sacerdotes y fieles, que si es urgente y apremiante la acción que es necesario desarrollar, que si el llamado al deber apostólico es imperioso y grave, no será eficaz si no sabemos valorar los medios auténticamente cristianos de la humildad silenciosa, del desasimiento pleno, de la inmolación generosa, del hondo y universal abandono en las manos de Dios.

---

(1) *Hacia Cristo*, Revista Franciscana de vida espiritual, año III, N° 25, agosto 1958, págs. 529-37.

(2) *1 Co.* 2, 4.

El misterio redentor se prolonga en nosotros. Pero esa redención no puede realizarse en forma diversa a la de Jesús. Fueron medios humildes y despreciados del mundo los que el Salvador eligió. Y en el siglo XX como en el I, será Belén con su pobreza, Nazareth con su silencio, Galilea con su celo, Gethsemaní con su agonía y el Gólgota con su muerte, los que seguirán diciéndonos cual es la técnica para redimir al mundo y cuales son los medios eficaces e insustituibles por donde la salvación llega a los hombres.

Juan María Vianney supo desde su escondido curato de Ars repetirnos estas cosas.

Y "*Dios que elige a los humildes para confundir a los fuertes*" (3) quiso que fuera, no un profundo doctor, sino un sencillo cura de campo, desprovisto de cualidades naturales, quien viniera a repetirnos cuál es la médula del Evangelio, cuál es la condición imprescindible del apostolado, cuáles son los medios pobres ante los hombres, pero ricos ante Dios, por donde la redención se opera.

Estas cualidades son las que lo constituyen modelo del Clero y las que motivaron a S. S. Pío XI para señalarlo como celestial patrón de los Párrocos.

Hoy nos congregamos en su recuerdo. Y mientras la Iglesia de la tierra canta en su honor

"que el justo florecerá como la palma y se multiplicará como el cedro del Líbano en la casa del Señor" (4),

nosotros sentimos que su evocación nos anima, su lección nos alienta y su intercesión poderosa nos alcanza de Dios el caminar tras sus huellas

"para ganar para Cristo las almas de nuestros hermanos y con ellos alcanzar la gloria eterna" (5).

"Ut ejus exemplo et intercessione, animas fratrum lucrari Christo et cum eis aeternam gloriam consequi valeamus...".

Pero, no nos contentamos hoy con evocar la figura austera y dulce a la vez del Santo Cura de Ars, hemos querido, siguiendo el deseo de la Iglesia, rendir en su persona el homenaje de nuestra admiración y afecto a aquellos hombres que, colocados por sus Obispos, al cuidado espiritual de una porción de su rebaño, son los continuadores de la misión que Juan María Vianney llenara en forma tan extraordinaria y sublime.

Hoy, al celebrar al Santo Párroco de Ars, celebramos conjuntamente el día del Párroco. Hoy, al ensalzar sus virtudes, cantamos la belleza de tantas vidas sacerdotales que se consumen ignoradas en el servicio de sus hermanos.

Hoy, al invocar la poderosa intercesión del Santo Párroco que la Iglesia señalara como modelo y guía de acción pastoral, imploramos pa-

---

(3) *1 Co.* 1, 27.

(4) *Pr.* 91, 13.

(5) Oración Misa S. Juan María Vianney.

ra nuestra Diócesis la gracia que más anhela y necesita: muchos y santos sacerdotes del Señor.

### *¿Qué es el Párroco?*

Si esta pregunta fuera tema de una encuesta, nos hallaríamos ante una dolorosa realidad; gran número de nuestros católicos desconocen la dignidad excelsa del párroco y la función trascendental que la Parroquia desempeña en la vida de la Iglesia.

Para unos, el párroco es el sacerdote que administra algunos Sacramentos y al cual se acude, a veces, más por rutina que por convicción, en algunas determinadas ocasiones de la vida.

Para otros, es un funcionario eclesiástico que atiende "la oficina de lo espiritual", único concepto que de la parroquia tienen.

Para muchos, ni la parroquia ni el párroco les dice algo diverso de las demás iglesias o sacerdotes no parroquiales.

El naturalismo de la época nos va borrando el sentido del sacerdote. El individualismo nos ha ido quitando el sentido de la comunidad. Ambos juntos, nos van arrebatando el sentido del párroco.

Si queremos una restauración auténticamente cristiana, es menester que por el sentido del párroco volvamos a adquirir el sentido del sacerdote y el sentido de la comunidad.

De ahí la importancia que esta conmemoración encierra.

¿Qué es el párroco?

1) Es en primer lugar: *el hombre de Dios al servicio de los hombres.*

Hombre de Dios, porque en el fondo de su vocación hay una predilección eterna, una acción misteriosa, y un llamado inefable que repite las palabras que vibraron junto a las orillas del Tiberíades: "ven y sígueme".

Hombre de Dios, porque sus poderes superan toda capacidad humana; anunciar la buena nueva del reino, distribuir la vida divina, integrar y desarrollar el Cuerpo Místico de Cristo.

Hombre de Dios, porque sus armas de combate no son las que los hombres emplean en sus empresas materiales, sino las del espíritu; la oración que fortifica, el sacrificio que fecunda, la verdad que libera, la justicia que redime y la caridad que enciende.

Hombre de Dios, porque su presencia en la sociedad humana es el testimonio constante de lo trascendente, de lo absoluto, y de lo eterno y el llamado incesante a elevar nuestros espíritus sobre las envolturas materiales, a dilatar nuestro horizonte sobre los lindes del tiempo, a poner sobre la vanidad de los atractivos mundanales, nuestros corazones "*allá donde están las verdaderas alegrías*" (6).

---

(6) Oración Misa Dom. IV después de Pascua.

Hombre de Dios, porque un día el Pontífice impuso sobre su cabeza sus manos que desbordan la plenitud sacerdotal, porque ungió con el óleo santo las suyas, y dio la potestad de ofrecer al Señor tres veces Santo, el sacrificio perfecto de alabanza, porque sobre los pecados de la humanidad, lo hizo, en virtud de la sangre redentora, distribuidor de misericordias divinas, y enviado con la misión de los apóstoles a los senderos del mundo se le entregó *“la espada del espíritu que es la obra de Dios”* (7).

Hombre de Dios, y por eso el pueblo creyente sabe distinguir entre las deficiencias inherentes a nuestra condición humana, y las santas y sublimes funciones que el sacerdote representa y ejerce.

Hombre de Dios, y por eso también el proceso de descristianización de una colectividad comienza siempre por la pérdida del sentido sobrenatural del sacerdocio; de ahí se pasa inmediatamente a negar la acción vivificante de la Iglesia; negada ésta, se desconoce la divinidad de Cristo, y como etapa final se llega a la negación de Dios.

Razón tenía el Santo cuya festividad celebramos, al decir

“dejad diez años una parroquia sin párroco. Al cabo de ellos, ahí se adorarán las bestias”.

Pero el Párroco no es sólo un hombre *“instituido para las cosas que miran a Dios”* (8), sino también constituido al servicio de los hombres.

*“Está él mismo rodeado de flaquezas, para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados”* (9). Y por eso, su corazón siente todas las angustias, miserias y caídas de la grey que apacienta y guía.

Ha hecho suyas las palabras del Señor en el profeta Oseas:

“Los até con ataduras humanas, con ataduras de amor, fui para él como quien alza una criatura hasta tocar a sus mejillas y me bajaba hasta él para darle de comer” (10).

Ha comprendido que la misión del Párroco es la aplicación en el tiempo y en el espacio de la misma obra redentora que Pablo anunciara diciendo *“ha aparecido la benignidad y la humanidad de nuestro Dios Salvador”* (11). Y por eso sus entrañas son de misericordia, sus pies que *“evangelizan la paz”* (12), recorren todos los senderos de la ciudad humana, si sus manos ungidas bendicen, sus manos de hombre levantan, y si su corazón arde en amor a su Dios, dentro de él se encuentra todas las aspiraciones, anhelos y angustias de los corazones de sus hermanos.

Hombre de los hombres, no se aparta de ellos, porque sabe que su presencia en medio de ellos es luz, levadura y germen.

---

(7) *Ef.* 4, 17.

(8) *Hb.* 5, 1.

(9) *Hb.* 5, 2.

(10) *Os.* 11, 4.

(11) *Tm.* 3, 4.

(12) *Rm.* 10, 15.

Al servicio de los hombres, comprende sus extravíos y sabe que como Cristo, él no vino a condenar sino a redimir, no a maldecir al mundo sino a salvarlo. Ve los tiempos en los cuales le toca vivir y no se refugia en un pasado ideal, a menudo inexistente, sino que ama esa realidad terrena donde es necesario construir o echar las bases de la ciudad de Dios.

Porque *"nada de lo humano le es extraño"* (13) no es ante la realidad humana ni un cobarde que teme apagar la vida, ni un débil que teme afrontar la dicha, ni un vencido. Es un hombre lúcido y decidido que sabe que todo debe ser purificado, la naturaleza, el trabajo, el amor, la persona misma y que con Cristo es capaz de purificarlo todo (14).

Sabe que si bien la tierra no es la patria definitiva del hombre, sin embargo, es usando rectamente de los valores terrestres como se alcanzan los eternos y por eso vive en toda su amplitud el misterio de la encarnación del cual es ministro y testimonio. Y porque enseña a sus feligreses a pedir la venida del reino de Dios entre nosotros, lucha porque todos los problemas humanos tengan una solución cristiana de justicia y caridad.

Y por eso, con la misma autoridad con que habla de los problemas del espíritu habla también de los problemas sociales.

Ha escuchado, para decirlo con frase de S. S. Pío XII que *"de lo más hondo de la masa se levanta un grito que en el mundo de un Dios justo pide justicia y fraternidad"* (15) y con el mismo Papa espera con ansia:

*"Ver lo más pronto posible de los escombros de un mundo viejo y caído en ruinas, surgir un mundo nuevo, más sano, mejor ordenado en su constitución jurídica, más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana"* (16).

Y en conformidad a esos problemas y anhelos, el párroco, hombre de Dios al servicio de los hombres, hace de las doctrinas sociales de la Iglesia, un deber de su ministerio, en ansia de construir un mundo mejor.

No le importa encontrar en esa tarea la incomprensión, porque recuerda que el *"discípulo no es más que el Maestro"* (17), y que sin dolor y sangrar del corazón es imposible redimir.

Y porque sin dejar de ser el hombre de Dios *"ha sido tomado de entre los hombres, al servicio de los hombres"* (18) el párroco es el factor callado pero eficiente de verdadero progreso en cada localidad.

No habrá quizás monumentos que perpetúen su efigie, pero uno *"más duradero que el bronce"* (19), el corazón del pueblo, conservará a través del tiempo, con el respetuoso afecto del que vio en él al padre

---

(13) Terencio.

(14) Mouroux, *Sens chretien de l'homme*.

(15) Pío XII.

(16) Pío XII, 1º de septiembre, 1944.

(17) Mt. 16, 24.

(18) Hb. 5, 1.

(19) Horacio.

solícito, “el Taita Cura”, que quiso darle una vida humana en la tierra y una imperecedera en la eternidad. El sacerdocio es a la vez lo más divino y lo más humano que hay en la tierra.

El párroco es conjuntamente, una lección viviente y continua de hombría y de divinidad.

2) Pero, el párroco es no sólo el hombre de Dios al servicio de los hombres, sino también *el centro de la comunidad parroquial*. Su misión tiene un altísimo y extraordinario sentido social.

Para que la Verdad y la vida divina lleguen hasta nosotros, Cristo fundó su Iglesia.

Y la fundó como una comunidad viviente en una misma fe, en una misma gracia, en una misma cabeza, en una misma esperanza inmortal.

Así como hay una Iglesia universal, la Católica, así hay dentro de Ella, una Iglesia particular, la Diócesis. Su constitución se basa en el misterio de la Jerarquía. Por derecho divino la Iglesia reposa sobre el fundamento del episcopado. Por derecho divino el Obispo es la cabeza de su Iglesia. Por derecho divino se establecen las relaciones esenciales del Obispo, los sacerdotes, los ministros y los fieles. La comunidad básica y esencial es la comunidad diocesana.

Esa comunidad diocesana se realiza en su forma más inmediata en la comunidad parroquial. Ella no es una oficina; es la célula primera y viviente de la gran comunidad cristiana.

El párroco, en consecuencia, no es un funcionario. Es un pastor. Es el representante auténtico del Obispo, pastor de la comunidad diocesana. Ha sido colocado por la Iglesia como cabeza, centro de unión y fuente de vida de la comunidad parroquial.

Tiene una misión social. No cuida tan sólo de la santificación individual de las almas. Tiene que conducir una grey, formar una comunidad, hacer momento a momento *una parroquia viva y operante*.

Si el Obispo permanece siempre el pastor ordinario e inmediato de todos los fieles de su diócesis, el párroco es su colaborador directo en orden a integrar la comunidad diocesana.

Como pastor, el párroco trata de conocer personalmente a sus fieles. *El buen Pastor*, dice el Evangelio, *llama a las ovejas por su nombre*” (20) y de este conocimiento, brota su trabajo en orden a hacerlas vivir la vida de la Iglesia, que es vida de comunidad.

Para ello, el párroco ha de tener la clara noción del laicado y de la función que representa en la Iglesia.

La Iglesia es una sociedad. La Parroquia es la expresión visible más inmediata de tal comunidad. Esa sociedad está formada por diversos elementos, que al decir de san Pablo, concurren en forma diversa, pero armónica en *“la edificación del Cuerpo de Cristo”* (21).

Esas diversas funciones podemos clasificarlas en dos: sacerdocio y laicado. Lejos de oponerse uno al otro, ambos se complementan en una misión común.

---

(20) *Jn.* 10, 3.

(21) *Ef.* 4, 12.

La vida de la comunidad hay que considerarla siempre en función de estos dos elementos.

Carecerían de sentido de Iglesia los fieles que pretendieran en su vivir y actuar católicos prescindir del párroco.

Y carecería igualmente del mismo sentido, el párroco que pretendiera realizar la vida parroquial, al margen de esa comunidad que los fieles integran y desarrollan.

Una visión completa de la comunidad parroquial formada de la acción sincronizada del párroco y los fieles, nos introduce en el misterio hondo y sublime de la vida parroquial.

La parroquia, es ante todo, una comunidad que ora. La plegaria pública y colectiva, con que la Iglesia alaba a Dios, tiene en la Parroquia su primer e indispensable centro.

La iglesia parroquial no es una fría sala donde cada fiel se aísla en su plegaria individual. Es el hogar común donde los hijos alaban en una voz unánime al Padre de los cielos.

El templo parroquial es el lugar de la plegaria colectiva, donde todos los anhelos y aspiraciones individuales recibidos por el Párroco se expresan en la oración que él eleva en nombre de la comunidad orante.

El párroco ha oído la voz del que otrora fuera párroco de Tómbolo y más tarde, Párroco del mundo, San Pío X, enseñar que "*la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano es la participación activa de los fieles en los misterios del culto*" (22), y por eso hace de la liturgia el centro de su acción sobrenatural.

La comunidad parroquial tiene su base en la vida litúrgica. Por la comunidad que ora iremos a la comunidad que actúa.

No reconstituiremos el auténtico sentido de la Iglesia, mientras no hayamos dado a la vida litúrgica, el lugar que ocupa en el pensamiento de Cristo y en la rica tradición de los grandes siglos cristianos.

La Parroquia, es al mismo tiempo una comunidad que santifica. A través de los ritos simbólicos de la Iglesia, los Sacramentos perpetúan los gestos de Cristo. Estos Sacramentos no sólo santifican al cristiano que los recibe, sino que ellos tienden a formar progresivamente el Cuerpo Místico de Cristo. Es la Parroquia quien nos hace comprender este valor comunitario de los Sacramentos y es el párroco, el que a través de ellos, va formando la invisible, pero real comunidad de las almas en la Iglesia.

Cada vez que el párroco administra el Bautismo, realiza la incorporación oficial de un hombre en Cristo y en la Iglesia. Por su intermedio, el cristiano recibe a Dios como Padre, a la Iglesia como Madre y a todos los hombres como hermanos en Jesucristo.

Cada vez que el párroco prepara a la Confirmación, que el Obispo administra, es un nuevo soldado de Cristo que surge para preparar y defender el bien común de la sociedad cristiana.

Y cuando cada mañana sube al altar de su iglesia parroquial y rodeado de "*la sancta plebs cristiana*" celebra la Eucaristía, es el Sacra-

---

(22) *Motu Proprio Inter Pastorales.*

mento de unidad el que ahí se conmemora en la comunión de toda la Iglesia en un mismo Cristo.

Al levantar el párroco su mano que perdona, es la comunidad parroquial que recibe al miembro que el pecado había separado.

Y en ese sentido de Iglesia que inspira todo su ministerio, bendice y santifica el Matrimonio cristiano ordenado a la propagación del Cuerpo Místico y a la constitución de la comunidad familiar.

Y ese mismo sentido de Iglesia, hace que el párroco comprenda, que si bien no es ministro del Sacramento del Orden, es, sin embargo, la Parroquia y sus instituciones las que deben dar a lo comunidad cristiana, sus futuros ministros. Las vocaciones sacerdotales son la flor de la comunidad parroquial. Toda la parroquia orante alcanza las gracias de santificación que el seminarista necesita. Los trabajos y sacrificios de la comunidad operante, se extiende al Seminario, donde se forman los futuros pastores de la grey cristiana.

Y cuando al atardecer de la vida, una mañana radiante, ve subir al altar parroquial al nuevo sacerdote salido de esa comunidad, el viejo párroco siente que como Simeón sus entrañas florecen de esperanza, mientras sus labios temblorosos por la emoción exclaman: "Ahora Señor, puedes llevar en paz a tu siervo; porque mis ojos vieron al nuevo salvador".

*"Nunc dimittis servum tuum in pace".*

El Párroco es en la comunidad cristiana el hombre del bien común consagrado al servicio de todos.

Unido íntimamente a la carga pastoral del Obispo, él debe igualmente poseer las condiciones de un jefe.

A través de las difíciles y complejas situaciones de los tiempos presentes, él tiene misión de conducir a todos los hombres a su destino eterno.

Del párroco debe decirse la palabra de san Pablo en los Corintios:

*Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi (23).*

En Cristo Dios reconciliaba el mundo con él.

La Parroquia es una comunidad donde el sentido de la fraternidad cristiana y humana se vive intensamente, donde las penas y alegrías son comunes, donde no sólo los vínculos de la liturgia y Sacramentos establecen lazos invisibles e interiores, sino donde el "cor unum et anima una" hacen que el sentido de solidaridad se exprese en múltiples manifestaciones y el vínculo de la caridad fraterna haga gustar "la bondad y la alegría de los hermanos que habitan en la unidad".

3) Por último, el párroco *es apóstol y misionero del reino de Dios.*

Hay un hecho imposible de negar; nos enfrentamos a un mundo cada vez más paganizado. El sentido sacral de lo temporal se pierde rápidamente. Una tensión aguda entre religión y vida se acentúa. Los ambientes donde la vida ordinaria del hombre se desarrolla son o indiferentes u hostiles al pensamiento cristiano.

---

(23) 2 Co. 5, 19.

Concebir la Parroquia como algo cerrado a un grupo reducido de fieles es constituir un "ghetto" cristiano, al margen de los grandes problemas de la hora.

Es olvidar la frase evangélica que el cristiano es "sal de la tierra", "luz del mundo" y "levadura que ha de hacer fermentar la masa".

La Parroquia, en el momento actual, tiene que sincronizar la necesidad del mundo y la angustia de la Iglesia, y en consecuencia ha de tener un intenso carácter misional.

El párroco necesita poseer *un alma y un corazón de misionero*.

Lo necesita, en primer lugar, porque ese carácter misionero está en la base de su vocación apostólica. El Redentor

"ha venido a salvar lo que había perecido de la Casa de Israel" (24) a "buscar no tanto a los justos cuanto a los pecadores" (25), a "anunciar la buena nueva a los pobres y contritos de corazón" (26), "a iluminar a los que estaban sentados en tinieblas y sombras de muerte y a dirigir nuestros pasos por los senderos de la paz" (27).

Lo necesita, en segundo lugar, porque el Derecho de la Iglesia en su Canon 1350 se lo impone: "*los párrocos, dice el Código de Derecho Canónico, deben tener a los no católicos residentes en su Parroquia como confiados por el Señor a su cuidado pastoral*".

Lo necesita, porque el párroco por su función misma "*es el ministro de la inquietud*" (28).

El que despierta a las almas dormidas, el que aviva a las tibias, el que sacude a las indiferentes y llama a las alejadas para darles el mensaje que orienta, la palabra que esclarece, la solución a las angustias que oprimen, la paz esencial que aquieta.

El párroco es por vocación y destinación providencial *un apóstol*. De la misma manera que el Padre envió a Cristo, así Jesús envía a sus sacerdotes y la Iglesia a sus párrocos.

Es el portador de un mensaje universal que no se encierra en fronteras, ni en categorías ni razas. Es el distribuidor de una vida que ha de llegar a todos los que Dios puso a su cargo.

Por eso siente el terrible peso de las almas que le oprime y hace que su corazón nunca se sacie repitiendo el "*amplius Domine amplius*" de Javier.

Ese espíritu apostólico hace que el párroco no sólo vea las miserias de su época, sino que también sienta las inmensas expectativas del momento que vive.

Un mundo nuevo nace y hay que darle un rostro cristiano.

En el derrumbe de tantos falsos ídolos modernos, el hombre de

---

(24) *Mt.* 18, 11.

(25) *Lc.* 5, 32.

(26) *Mt.* 11, 5.

(27) *Lc.* 1, 79.

(28) Cardenal Schard: *Le pretre dans la cité*.

nuestro tiempo siente el ansia de Dios. Es al decir de un filósofo actual “un lobo aullando de desesperación al infinito”.

Y si es verdad que esta es la hora de las grandes negaciones, es también la de las grandes afirmaciones y expectativas.

El apóstol es un hombre que “*ara en la esperanza*” (29).

Y porque siente el doble grito de la indigencia y de la nostalgia de Dios, el párroco comprende que su misión apostólica no puede realizarla solo.

Ese mundo nuevo se forma en ambientes en los cuales él no vive.

Necesita de apóstoles del propio ambiente, que sean levadura en la masa, y lleven a ellos el mensaje del Evangelio, el testimonio de su vida y la dinámica de su acción.

El párroco que tiene el auténtico sentido de la Iglesia, sabe que la parroquia actual no se concibe sino en vista de una acción misionera, realizada bajo su dirección, por un laicado con responsabilidad apostólica que actúe y viva en el ambiente en que la Providencia lo ha colocado.

Porque tiene el sentido misionero de su parroquia, el párroco no invade los campos apostólicos del laicado, comprende y respeta su condición de apóstoles seculares, organiza su parroquia en función de su Acción Católica y le da a ésta toda la amplitud y responsabilidad de la tarea apostólica que le corresponde.

El párroco es un hombre que concibe la parroquia y su ministerio en ella, como una escena en el drama de la redención de la humanidad.

Por eso su corazón sufre las inquietudes apostólicas del Maestro, y con El repite: “*tengo otras ovejas que no están en este redil y a ellas debo atraer hasta que se haga un solo rebaño y un solo pastor*” (30).

Como Pablo oyó en sueños la voz del desconocido que le decía: “*pasa a Macedonia y ven en nuestra ayuda*” (31), así el párroco ve constantemente la imagen de ese desconocido, el mundo actual que se forma al margen de la Iglesia, pero que en el fondo de su indigencia espiritual solicita nuestra ayuda.

“*Ven en nuestra ayuda*” le dicen los niños que crecen en las escuelas sin Dios.

“*Ven en nuestra ayuda*” le repiten los jóvenes que en la hora de las grandes inquietudes de su adolescencia sienten la necesidad de un ideal concreto que los guíe.

“*Ven en nuestra ayuda*” claman los obreros, alejados muchos de la Iglesia, en “el gran escándalo del siglo XX” y que han menester de justicia y caridad cristiana.

“*Ven en nuestra ayuda*” añaden todos los sectores del mundo hambriento y atormentado de Dios.

La acción individual no basta. Se necesita la acción colectiva.

Pero no lo colectivo inorgánico y estático, sino organizado y vivo

---

(29) *1 Co.* 9, 10.

(30) *Jn.* 12, 16.

(31) *Hch.* 16, 9.

Y eso lo da la Iglesia, comunidad viviente, y lo da en forma inmediata por medio de la Parroquia.

El olvido de la función parroquial en la vida cristiana, es el signo más triste, pero más real de la pérdida del sentido de Iglesia, que está en la base de todas nuestras deficiencias y debilidades.

La restauración parroquial en su genuina misión, es el gran medio de hacer que nuestro tiempo encuentre el sentido de la comunidad, el sentido del sacerdote, el sentido de Cristo y el sentido de Dios.

El párroco será apóstol y misionero del reino de Dios en la medida que sepa hacer vivir a sus fieles el misterio de la parroquia y con él el de la Iglesia, y hacer de su parroquia una auténtica y eficiente comunidad misionera.

Para eso, necesita del celestial modelo que la Iglesia le propone; Juan María Vianney, Santo Cura de Ars.

Y así, el sencillo párroco de las montañas de Lyon sigue dictando su lección a todos los sacerdotes y párrocos del mundo.

Nos dice que sin vida interior no hay apostolado.

Sin oración, fecundidad espiritual.

Sin unión íntima con Dios, verdadero ministerio sacerdotal.

Nos repite que sin abnegación constante, nuestro trabajo se hace superficial y estéril.

“Porque si el grano de trigo no cayere en la tierra, quedará solo, pero si muere llevará mucho fruto” (32).

Nos insiste, que es el amor el que alienta la vida del sacerdote y que el párroco llenará su sublime función en la Iglesia en la medida de su capacidad de amar.

Lección grande y sencilla a la vez, que todos necesitamos para aprender en ella nuestro apremiante deber.

La necesitan los fieles para saber apreciar lo que el párroco representa en la vida de la Iglesia.

La necesitan los jóvenes para sentir ante ella el ansia de las grandes cumbres, la inquietud de los sublimes anhelos, los vastos horizontes de las inmortales conquistas.

La necesitan los sacerdotes y párrocos para hacerse, en la práctica de esas mismas virtudes, dignos de tan alta vocación.

La necesita el mundo, para sentir, ante el testimonio de la santidad, el urgente y apremiante llamado de Dios.

Van a cumplirse 100 años que Juan María Vianney partiera de esta vida.

El mundo ha sufrido en este tiempo la más profunda y universal de sus convulsiones. Nos hallamos en una gran encrucijada de su historia.

Y mientras filósofos y sociólogos, diplomáticos, economistas y políticos buscan una fórmula de solución a tan complejos problemas, allá, en el villorrio de Ars, una tumba sigue indicándonos el camino verdadero.

---

(32) *Jn.* 12, 24.

En ella, sobre una lápida sencilla y desnuda, se leen estas palabras, bajo el nombre del que fue su Santo Párroco:

*"Erat enim sacerdos Dei Altissimi"* (33).

*Era sacerdote del Dios Altísimo.*

Ahí está su elogio cumplido.

Y ahí está también para nosotros la lección acabada.

Meditémosla intensamente para comprender en ella el sentido del párroco, que es en último término sentido de la Iglesia, sentido de Cristo, sentido de Dios.

---

(33) Gn. 14, 18.

---

CARLOS DE FOUCAULD  
LOS SENTIMIENTOS SACERDOTALES DEL ALMA DE CRISTO (1)  
(IV-1971)

Carlos de Foucauld nos trae un mensaje. Y éste no es otro que el Evangelio vivido en la hora presente.

Un versículo de la oración sacerdotal de Jesús expresa y resume las disposiciones interiores de Cristo ofreciéndose al Padre: "Santifícalos en la verdad porque tu palabra es verdad" (2).

Estas palabras sintetizan los sentimientos sacerdotales del alma de Cristo: adoración e inmolación redentora. Resumen también el pensamiento y la espiritualidad del Hermano Carlos.

Su oración posee el acento eminentemente apostólico: Jesús se ofrece como víctima para que sus sacerdotes, santificados interiormente por el Espíritu, estén aptos para predicar el Evangelio.

En el desierto, en su vida contemplativa, el Padre de Foucauld continúa y repite el gesto de Jesús, gesto que culmina con su supremo holocausto.

Como el Hermano Carlos, hay que meditar la oración sacerdotal de Cristo para que nos llenemos de sus sentimientos de adoración y de redención. Esta oración nos entrega el secreto de Jesús. El gran amor de su corazón es la Iglesia. "Se entregó para santificarla". *Seipsum tradidit pro ea*". Y su Iglesia es, antes que nada, sus sacerdotes. Por ellos se ofrece en sacrificio, para que sean santos en la verdad y en su vocación.

---

(1) Talca, 1958. Aparecido en *Jesus-Caritas*, edición latinoamericana, abril 1971.

(2) *Jn.* 17, 19.

Como Cristo, todo sacerdote debe inmolarse por las almas que le son confiadas. Cada mañana ofrece sobre el altar la víctima divina, ofreciéndose al mismo tiempo él mismo. Cada día ofrece al Padre, con Cristo, y el Espíritu Santo, la oblación de sí mismo, y es en ese oficio de víctima que el sacerdote se realiza plenamente. Esta ofrenda asocia y configura al discípulo con su Maestro, al siervo con su Señor, al apóstol cristiano con Jesucristo.

Se puede persuadir a las almas con la palabra, pero es con el sacrificio que las salva, escribe el Venerable Chevrier, corazón eminentemente sacerdotal.

“... Por su dignidad sacerdotal, escribe Bourgoing, Jesús tiene tres miradas: al Padre para glorificarlo; sobre sí mismo para inmolarse; y sobre las almas para santificarlas y reconciliarlas con Dios... Tres ministerios admirables que El comunica a sus sacerdotes”.

Sin embargo, fijémonos bien, esta glorificación del Padre y esta redención de los hombres se realizan solamente por medio del sacrificio.

Vivir la Misa debe ser la fórmula que encuadre toda nuestra vida espiritual y toda nuestra acción sacerdotal.

“Os exhorto, hermanos, dice san Pablo, a ofrecer vuestros cuerpos como una hostia santa y agradable a Dios: ese es el culto espiritual que le debéis”.

Vivir nuestra Misa significa aprender cada día a inmolarnos con Cristo. “El sacrificio visible que se ofrece exteriormente a Dios, dice san Agustín, es el signo del sacrificio invisible, por el cual uno se ofrece con todo lo que posee para honrar a Dios”.

Y san Gregorio el Grande escribe: “Es necesario que cuando asistamos al Santo Sacrificio, muramos en cierta forma por la entrega de nuestro corazón, porque celebrando los misterios de la Pasión de Cristo, debemos imitar lo que estamos realizando. La hostia nos será favorable frente a Dios, si nosotros mismos nos convertimos en hostias”.

“Dígnate, Señor, santificar estos dones aceptando la ofrenda de la hostia espiritual, para que hagas de nosotros una oblación eterna para tu gloria, por Jesucristo Nuestro Señor” (3).

Fue con ese espíritu que vivió el Padre de Foucauld; convirtiéndolo por la adoración y el holocausto, en hostia de redención; por lo que se ha convertido en uno de los más grandes maestros de la vida espiritual de nuestro tiempo, haciéndonos vivir íntima y plenamente el mensaje del Evangelio.

Es ésta la misión que está realizando en la Iglesia el “Hermano Universal”, urgiendo en nuestro atormentado siglo XX, a todos los cristianos, especialmente a los sacerdotes, su legado de consagrarse a su propia santificación para la gloria de Dios en la misma medida de aquel que quiso llamarse Jesús para ser nuestro salvador.

---

(3) Lunes de Pentecostés.

## El Papa

○ *La "devoción" —valga el término— de nuestro Obispo al Papa es proverbial: se encuentra presente desde sus manuscritos, en los tiempos de teólogo en Roma hasta su Testamento Pastoral, al término de su vida.*

*Con gran frecuencia aviva la adhesión al sucesor de Pedro, especialmente los 29 de junio de cada año. Sin embargo se trata generalmente de escritos breves: esta es la razón por la cual no transcribimos aquellos artículos, publicados generalmente en el Diario "La Mañana", de Talca.*

80º ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE S.S. PIO XII  
(2-III-1956)

Amados hijos:

El próximo 2 de marzo, cumple S.S. el Papa Pío XII, sus 80 años de edad. Para todos los fieles es este un motivo de especial alegría, y al mismo tiempo un llamado a cumplir con un filial deber.

El católico saca su fuerza y cohesión de la unión con el Vicario de Cristo. El ha recibido la misión de "confirmar en la fe a sus hermanos" (1). El es, al decir de san Pablo "la columna y fundamento de verdad". A la Iglesia romana, por su más alta importancia, escribía en el siglo III S. Ireneo (2), deben concurrir todas las otras Iglesias".



*Junto al Papa Pío XII, quien  
lo designó Obispo*

---

(1) *1 Tm.* 3, 15.

(2) San Ireneo. Obispo de Lyon. Uno de los pioneros polemistas de la Iglesia. Nacido probablemente en Asia Menor hacia mediados del siglo II. Combate el gnosticismo que se difundía por las Galias. Participa en la discusión sobre la Pascua probablemente cortando el cisma.

A estas razones, únense las cualidades extraordinarias que adornan a S.S. Pío XII, y que lo hacen ciertamente la figura más relevante del mundo de hoy.

Deber nuestro filial es unirnos a Nuestro Santo Padre el Papa en este aniversario.

Lo haremos en tres formas:

1. Ofreciendo el viernes 2 de marzo, día de su aniversario y primer viernes del mes, una devota Comunión por las intenciones de Su Santidad. Desde ahora os invitamos a este homenaje.

2. El domingo 11 de marzo, se celebrará en todas las parroquias una Misa por las intenciones de Su Santidad Pío XII. Habiéndose ya iniciado las clases, todos los colegios y Escuelas deberán también asistir a esa Misa en sus respectivas parroquias.

3. Se ha pensado levantar en Roma en el curso del presente año, una "Casa del Trabajador", que lleve el nombre de S.S. Pío XII, y que estará destinada a ser no sólo el hogar de los trabajadores católicos de todos los países que lleguen a Roma, en peregrinación, sino también un centro de investigación y estudio que vaya siguiendo atentamente el curso de los problemas del mundo del trabajo. Este será el obsequio que todos los fieles del mundo harán a Su Santidad. Con este fin, se hará el mismo domingo una colecta especial en todos los templos y capillas y se remitirá íntegro su producto a la Tesorería Diocesana, para hacerlo llegar en conjunto, como un homenaje de la Diócesis de Talca al Santo Padre.

Os pido, amados fieles, colaboréis con sentimiento filial a esta celebración.

Nuestra fuerza ante tantos peligros está en la unión de todos alrededor de las autoridades que Dios ha puesto en su Iglesia para conducirnos a El.

Os bendice de corazón, vuestro Obispo.